

sa de su voz y la amapola de su corazón para que fuese cumplida la promesa de estar en su puesto: «mientras Dios me de vida y una mente clara» (1-X-1971). Un soldado y un hombre para mostrar los valores castrenses de la milicia, para hacer patente su sentido misional de salvaguardar a la patria y bajar, en el proceso de desarrollo, la luz hasta la aldea o hasta la ermita blanca; calmar la impaciencia de los ríos, sujetándolos en su curso difícil, para construir pantanos, un salto mayor, una pirueta gigante, como si fuera un saltibanqui del circo menos humanizado: el del progreso, capaz por ello, de crear el milagro de la energía, madre del desarrollo.

Así y todo, tuvo que contener al dragón de los infieles y desconfiados y hacer frente al cerco de los «gabachos», que han cercenado a Europa con el

ateísmo que infiere corta salud al alma. No ha mucho, que media Europa ha gritado su menopausia. No le quedaba otra cosa, porque al cumplir su edad antigua, no quiso generar una nueva revolución de amor y libertad. Y Francisco Franco, el soldado y vigía de esta España distinta, ha forjado en el yunque de ese amor y en el trabajo, el hierro suficiente para la estructura de este edificio nuevo de la patria que aspira a ser más justa y más libre, en la que se cumpla aquello: «que no haya ningún español sin lumbre ni un español sin pan».

En esta hora, descalificada de triunfalismos, segura de haber dejado en la linde del camino la ropa seminueva de los nacionalismos, —hoy rechazados por un liberalismo capitalista—, que encorseaban con disciplina el cuerpo de una comunidad en desarrollo, hay que con-

templar con cierta audacia periodística la España de Francisco Franco, patrimonio colectivo que ha visto alzarse en torre sus pueblos recuperados y resucitados, las ciudades más humanizadas y en concordia, donde la técnica y la inventiva han asentado su escuela para producir el ciudadano libre y capaz de situarse en el complejo estrato de las dificultades urbanísticas y sociales.

Quizás ponga en esta colaboración la etiqueta de lo literario, pero no olvido poner también el marchamo de lo periodístico para que se entienda el objetivo de esta visión de una España, que ha pasado a ser en la retina, la imagen que puede borrar el tiempo y que por ello, debe quedar gravada por el recuerdo.

Desde la abdicación de Carlos IV y de su sucesor Fernando VII, «España

